

# La Palma.

## SEMENARIO DE HISTORIA Y LITERATURA.

DOMINGO 21 DE MARZO DE 1841.

EL

### Infante de Mallorca.

1565.

III.

Llevada á buen término su generosa cuanto arriesgada empresa, los libertadores del Infante se diseminaron por diferentes puntos, no solo para substraerse con mas facilidad á la persecucion que les amagaba, sino principalmente para no infundir sospechas de la ruta que su príncipe seguia. La multitud y varia direccion de las huellas debia hacer perder la pista al cazador.

Por desusado camino se dirigian tres guerreros montados en sendos bridones á la quinta de San-Clemente. Aguijad, pese á vuestra alma, decia el delantero. No parece sino que aguardais á que se nos eche encima toda la jauria que á estas horas debe ya de estar ladrando en la ciudad. Pues buena hacienda hubiéramos hecho. Asi os vendria á pelo entrar ahora en una danza de espadas como á mí calarme una cogulla y rezar docena y media de responsos al ánima del Cid.

— Fortun, el golpe atroz que ha magullado mi cabeza no ha roto los nervios de mi brazo. Ah! no esperaba yo acompañaros, príncipe mio! pero quedaba con vos un soldado tan fiel como valiente.

— Juro á Dios que á tener tiempo metia mi cabeza entre vuestro casco y la maza de aquel perro á guisa de cocinero que echa una pierna de venado entre el tajo y la cuchilla. Sobre que ha sido aquello un porrazo descomunal.

— Rovira era membrudo, añadió el príncipe, hubiera volteado la clava de Hércules como si fuese una honda, pero faltábale de humanidad lo que le sobraba de bravura.

— No sé yo si este señor miércoles era hombre de pro, lo que es cierto que ni el mismo Roldan lo encajó mas recio cuando se propuso rebanar de un fendiente las peñas de Roncesvalles.

— Paréceme Fortun que te quedas algo rezagado, dijo Umberto, y si por desgracia nuestros perseguidores tomasen este camino, emboscádotte por aquella ladera cubririas nuestra retirada con esa estratagema.

— Acertado consejo vive Dios! exclamó Fortun. Para mí tengo que no valdrá menos vuestro ingenio que vuestra lanza cuando nuestro buen Rey tremole su estandarte en la primer colina de su querida isla.

Los dos caballeros se adelantaban á todo escape, tuvieron empero que aflojar el paso porque aquella agitacion era demasiado violenta para el príncipe.

— Respiremos un poco, querido Umberto. Acostumbrado á la inmovilidad de una prision me parece cabalgar por la primera vez: y sin embargo en los dias de mi infancia yo solo hubiera domado el potro mas brioso de nuestra

caballeriza. Ah! en este momento vuelvo á empezar la vida. Es preciso que vuelva á correr en mis venas la sangre de la juventud, es preciso añadir este día con aquel tristísimo en que desangrado y moribundo lo perdí todo, todo ménos el corazón. Verdad es que me separa de él un largo período cuyos extremos abarca apenas la memoria, pero yo no lo he vivido.

— ¿Qué mal nos hacen las nubes tempestuosas aglomeradas á la espalda, cuando el cielo se descubre risueño delante los ojos? Oh! nuestro porvenir es hermoso! Parece vislumbrar dos coronas distintas que se balancean sobre nuestras cabezas.

— Por ventura te han usurpado también la baronía de tus padres?

— No: mi reino vale más que un feudo de cien castillos. Es el corazón de una mujer.

— Umberto, tus palabras resuenan con el acento de la felicidad. Tú eres amado. ¿No es verdad que no trocarías tu guirnalda de flores por mi diadema de oro?

— Amado! también lo sois vos, señor. Si pudieseis la mano sobre cien mil corazones los sentirais palpar por vos. El polvo de Lluchmayor no se ha amasado con la sangre de todos los leales. Tendreis brazos que os sirvan porque no faltan pechos que os adoren.

— Sí; cien mil corazones para el Rey y quizá ni uno solo para Jaime. ¿Y qué me importaría un corazón que no fuese el suyo? Encontrar una perla cuando se busca un diamante...! Escúchame, amigo mio. Tú has abierto las puertas de mi prision como el ángel que libró á san Pedro del poder de Herodes, y mereces algo más que la benevolencia de un monarca á su privado. Tal vez no tenga mañana en mi compañía sino un escudero, pero ahora tengo un amigo, y respirando á su lado esta deliciosa brisa que recoge al pasar los aromas de la floresta, siento ensanchármese el corazón con el recuerdo de las ilusiones que mitigaban el tedio de mi vida. Oh! aquello era un panal que se destilaba gota á gota en una copa de acibar. Yo no habia visto más que hombres, mis ojos no habian buscado otro semblante que el de los

guerreros. ¿Qué valian para mí aquellos seres cuyos brazos no eran bastante fornidos para empuñar una gruesa lanza en defensa de los derechos ultrajados de nuestra dinastía? Mi sangre juvenil solamente ardia para la gloria, el honor clamaba en mis oídos, la ambición devoraba mi pecho, porque creia que esta ambición hija de la justicia seria bendecida del cielo, y no lo fué. Mi infelice padre fue saludado con gritos de guerra en vez de aclamaciones, poco importaba; pero la fortuna desamparó al valor, él halló la muerte en vez del trono, y yo.... encontré un pimpollo de hermosísima rosa que desplegaba sus purpúreas hojas en medio de aquella balsa de sangre. Mi querido Umberto, cuando mi pensamiento se fija en aquella criatura celestial, en aquella graciosa niña que lloraba mis infortunios, me olvido de que hay un padre á quien vengar y una corona que debia ceñir mis sienas. Oh! mi tío ha sido bien cruel conmigo! tan cruel como la entumecida ola que arrebata la tabla á que el naufrago se asía. Hubiésemme dejado vivir en una choza al lado de ella! El que es feliz no anhela ser rey. Pero lejos de ella su imagen vino á consolarme. Hablábame al oído con la voz de un ángel, y yo la escuchaba todo el día, porque sus palabras eran las que apetecía mi corazón. Yo no sé si vive, ni quienes son sus padres: ni cuyo es su amor, hasta su nombre ignoro, pero aquella ilusión endulzaba mi existencia. Cuando las sombras caian y pesaban como una losa sobre mi alma, ella venia á derramar un suave resplandor en mis ensueños. Figurábaseme á veces que yo era un trovador y cantaba al pie de un derruido alcazar, y ella se me aparecía entre las almenas y luego volaba en forma de mariposa y sacudiendo sus doradas alitas sobre un tomillo me decía que la siguiese y luego se perdía por una intrincada selva cuyos árboles estaban todos en flor. Otras veces era yo un paladin armado de punta en blanco dirigiéndome á un encantado palacio en que ella estaba encerrada, porque un poderoso baron se habia enamorado de su hermosura, pero fiel á mi cariño ella tremolaba un pañizuelo en sus ventanas para llamar-

me, y luego salia un gigante horrible y yo le vencia y el castillo quedaba deshecho en humo mientras ella estampaba sus besos en mi sudorosa frente. Tambien me aparecia á veces como una vision celestial; sus cabellos destrenzados no eran cabellos sino hilos de oro bruñido que ensortijados cubrian su desnuda espalda, unas sandalias de escarlata envolvian sus delicados pies, unos rapacejos sembrados de lentejuelas se entrelazaban por sus cándidas piernas como una yedra de oro revuelta en unas columnitas de alabastro, un blanco cendal escondia sus aéreas formas, y sin embargo aquella vision era purísima, semejaba la gloriosa santa Olalla cubierta con su manto de nieve: ella tañía un laud y su divina armonía resonaba en mis oídos.... Oh! por qué despertar entonces? Qué podia hacer en aquella torre en que mi vista se estrellaba en sus negruzcas paredes, en que no percibia otro rumor que el de mis macilentas pisadas, sino repasar durante el dia las visiones y los sonidos de la noche? Yo retorcia mis brazos y clavados mis ojos en el cielo exclamaba, Dios mio! Dios mio! dos coronas ó ninguna.

Entretanto en el oriente el colorido azul de los cielos tomara un brillo mas hermoso, semejante al de un zafiro que el artífice ha pulido, y la luna que empezaba á mostrarse enhebrando sus nacientes rayos por el ramage de una colina, parecia á lo lejos un arco de plata que el opulento baron dueño de aquellas cacerías colgara en el pino mas erguido de sus bosques. Apeáronse los dos caballeros en el postigo de un jardin y los brazos de San-Clemente se enlazaron en el cuello del príncipe, como los de un anciano padre que torna ver á su unigénito creído muerto en lejanos paises. La alegría no encontró palabras y reventó en lágrimas. Las emociones de aquellos momentos absorbian la fruicion, los recuerdos, las esperanzas, y el sentimiento que resultaba de este conjunto no puede referirse sino haciendo sílabas los latidos del corazon. Algunos minutos habian pasado cuando prorumpió el venerable eclesiástico. Bien venido seais mi amado prínci-

pe, mas de trece años há... Desde aquel infausto dia en que os arrebataron á estos brazos que sostenian vuestra desfallecida cabeza no he dejado uno solo de rogar al cielo que alargase mi vida hasta disfrutar estos momentos.... Pueda yo ahora desde un lugar mas cercano al solio del Eterno implorar su clemencia para que sea colmada la proteccion que os dispensa.

— Generoso anciano, mis desgracias han sido bien grandes para que yo las olvide, y recordando la hiel que estaba condenado á beber, recordaré tambien la mano que me hn quebrado la copa ántes de apurar sus heces. Sin vuestro paternal cuidado tal vez hubiera perecido, sin vuestro constante afecto tal vez me hubiera secado en una horrible prision. ¿Pudiera olvidar que os debo mi vida y libertad? Y tú, mi noble amigo, ven á mis brazos; aquel golpe que cayó sobre tu cabeza hubiera partido mi corazon si la Providencia no te hubiese salvado. Oh! yo no merecia tamaña fineza. La lealtad no pedia tanto, pero tu heroismo está gravado en mi pecho, y si un dia me siento en mi trono, ó si el viento de la fortuna no me permite arribar á mi tierra natal, Rey ó proscrito me complaceré en leer la historia de tan generosa accion.

El infante se habia arrojado á los brazos de Umberto y ceñía se cuello con el entusiasmo de un sincero amigo. Constanza que acudiera á besar la mano de su príncipe y congratularse con su amante del feliz éxito de aquella empresa, habíase detenido á sus espaldas para contemplar una escena cuyos interlocutores eran todos los que amaba en este mundo. Parecia aquello un misterioso drama en que se personificaban las varias especies del amor humano, y su corazon se bañaba en la confluencia de dos rios de ternura. Aquel cuadro encantador en que destacaban como principal grupo su rey y su amante abrazados, que el cielo parecia acechar con los ojos de sus estrellas, iluminado por el suave resplandor de la luna, perfumado con el aliento de tantas flores, embellecido con la sonrisa de la naturaleza... Sí, sí, es verdad que hay momentos en que la felicidad es tan pura,

que puede dudar uno si está en el cielo ó en la tierra.

Al soltar los brazos de su libertador volvió el infante los ojos, y vió una muger ricamente ataviada: una larga túnica de seda color de violeta cubria su cuerpo, flotaba en su cabeza un velo trasparente adornado de una pluma blanca, un collar de perlas rodeaba su garganta, zapatos bordados de oro escondian sus pies, y sus torneados brazos saliendo por entre unas mangas que caian mas abajo de la rodilla, cruzados sobre el pecho sostenian la rozagante cola de su vestidura.

— Oh! es ella!... gritó. Querido Umberto, es ella... ella misma!...

— Quién...? Dios mio! Dios mio! exclamó Umberto con acento equívoco.

El infante retrocedió como asombrado, luego se precipitó hácia Constanza, queria abrazarla, pero quedó arrodillado á sus pies.

— Príncipe! exclamó la vírgen, que no habia salido aun de aquel dulcísimo arrobamiento.

— Oh! sí es ella, no hay duda, su mismo rostro, su mismo talle, su misma voz, pero cien veces mas hermosa, mas hechizera, mas melodiosa.... Oh! la copa de la felicidad se ha derramado sobre mi corazon. Umberto, Umberto, si estoy soñando no me disperteis.

San-Clemente estaba absorto con aquel repentino entusiasmo, Constanza nada comprendia, Umberto cruzó lánguidamente sus manos, inclinó la cabeza y con los ojos inmóviles sobre aquel grupo, hubiera parecido la estatua de la resignacion si no fuese por su armadura de guerrero.

— Levantaos, escelso príncipe, exclamó la doncella cuyas mejillas coloreadas eran mil veces mas bellas que las rosas que en su derredor florecian. Levantaos, yo debiera hincarme para ofreceros el respetuoso homenaje de mi apasionada lealtad, pero permitidme ántes que cuelge de vuestro cuello esta sagrada reliquia que un devoto peregrino tragera de Ultramar. Este fragmento de la cruz del Redentor es el don mas precioso que me ha legado mi madre, aceptadlo como tributo del entusiasmado afecto

que profesa mi corazon á su legítimo Rey, aceptadlo como escudo que el cielo os envia para defenderos en la arriesgada lid que vais á emprender.

Entónces le ciñó una cadena de plata de la cual pendia un relicario engastado en pedrería que el infante besó con ardor y reverencia. Este beso á un objeto de su culto que le entregaba su amada, en medio de los recuerdos de futuros combates, cifraba todos los sentimientos de aquella época, la religion, el amor y la caballería.

— Dime, quién eres, hermosa criatura, exclamó el príncipe. La primera vez que mis ojos se encontraron con los tuyos me deslumbró su resplandor. Yo te adoraba como ángel porque te creia tal, pero cuando tus lágrimas cayeron en mi rostro empecé á adorarte como muger. Oh! yo no habia probado nunca tan halagüeñas sensaciones. Yo no pensaba que se pudiese amar á una muger mas que á su propia madre. Yo no creia que un pensamiento solo pudiese ocupar toda el alma, ni que una vision bastase á embellecer una cárcel horrorosa, ni que un ensueño nos sumergiese en una delicia inmensa.... y todo esto ha sucedido...!

Estas palabras caian como otros tantos golpes de maza sobre Umberto, y sin embargo el fiel vasallo diera todavía su sangre y su vida por el mismo que asi magullaba su corazon.

Constanza enmudecida tenia sus ojos clavados en tierra. La penetrante mirada del príncipe revelaba una pasion profunda y la ruborosa vírgen carecia de valor bastante para soportarla. Levantaos, señor, repetia, y sus labios no hallaban otra frase para continuar.

— Bien estoy asi para oír los acentos de tu amor, hermosa mia. No es verdad que tú tambien me amas? que tu corazon responde al mio, y que en este momento lo sientes henchido de la felicidad mas pura?

— Sí, príncipe mio, el gozo que ahora disfruto recompensaria una vida entera de infortunio y dolor.

— Oír estos dulcísimos acentos y no morir de placer! Pasar de la miseria suma á ese conten-

tamiento inefable! Oh! en cuan corto tiempo he recorrido una distancia infinita.

— Acordaos señor, le dijo acercándose el respetable anciano, que la Providencia os ha destinado un trono y....

— Qué mas trono que el de su corazón? qué mas apetecible imperio que el de su mano?

— Su mano! replicó San-Clemente asombrado, Constanza es una pobre huérfana....

— También mi madre se llama Constanza, y ha sido reina de Mallorca. Constanza mía! para qué quiero yo un cetro sino para que tu mano hermosísima lo estienda sobre la cabeza de cien mil vasallos?

— Mi mano señor....

Constanza se interrumpió á sí misma. Había en su corazón una lucha inesplicable. En aquel apurado trance tenía que soltar palabras que lastimasen al príncipe ó atormentasen á su Umberto, y ella hubiera dado su sangre por cualquiera de los dos. Aquel joven que desde una prisión se arrojaba á sus brazos era su rey... y era tan hermoso!.... y había sido tan desgraciado!... y la amaba tanto!.... podía ella cerrar sus brazos y rechazarle? pero Umberto! aquel héroe tan bizarro... tan intrépido!... tan generoso... á quien ella amaba tanto! Oh! sus dos afectos se habían vuelto gigantescos en aquel punto, pero no reposaban ya como dos hermanos en un lecho, se sacudían, se repujaban; uno debía ser el vencedor, uno debía reinar solo en el corazón.

— Prosigue, querida Constanza, tu boca es un panal de miel y no destilará veneno para mí solamente.

— Mi mano, señor, no es mía... es de Umberto.

— De Umberto! exclamó el infante, levantándose rápidamente como si un trueno hubiese estallado dentro el jardín. Cielos! cielos! ó el colmo de la infelicidad ó el colmo de la ingratitude! y luego abalanzándose á Umberto proseguía con acento de amargura. ¿Por qué me has salvado?

— Decid mas bien; por qué no has muerto? y entrambos seríamos felices.

— Generoso amigo, añadió el príncipe endul-

zando su voz con un tono de súplica, para tí las esperanzas mas seductoras, para tí los blasones de la victoria, para tí los aplausos de la fama, para tí el brillo de la diadema.... para mí la hermosura de Constanza.

— Sois mi rey, contestó Umberto, así como es vuestra mi cabeza también lo es el laurel que debía ceñirla porque os he vuelto la libertad.

— Oh! la historia dirá de tí, sacrificó á su rey la vida, y á su amigo el afecto mas bello de su corazón.

— Príncipe, prorumpió el anciano mostrando en su apostura una gravedad imponente. No os entregéis á vanas ilusiones, vuestra senda es la del trono y debéis apoyaros en los ausilios que el cielo naturalmente depara. Unida vuestra mano á la de una princesa será mas poderosa y fuerte para recobrar la herencia de vuestro padre. Acordaos que debéis vengarle. ¿Está muda para vos la sangre que tiñe todavía las piedras que los labradores de Lluchmayor remueven con el arado lanzando un gemido de horror y de indignación? Además ¿sabeis quien es Constanza?

El tono singular de esta pregunta infundió una especie de zozobra en el pecho de la hermosa, y en el de sus amartelados caballeros. Qué significaban estas palabras? Por qué tan extraño acento? Después de una breve pausa el anciano prosiguió: La niña Constanza reposó únicamente en el regazo de su madre. El noble caballero á quien debía su ser no pudo abrazarla... porque era fruto de un amor ilegítimo.

— Dios mio! exclamaron á la vez Constanza y Umberto cubriéndose el rostro con sus manos.

— Oh! el mio es puro: puro como la luz del cielo, puro como el amor de los ángeles, puro como la belleza virginal de su semblante... Ven á mis brazos desvalida huérfana, yo seré tu apoyo, reclinarás tu divina frente sobre mi inflamado corazón....

— Tened á raya señor los ímpetus de juveniles pasiones, prosiguió el anciano. Mirad ese relicario y en él descubriréis un arcano y un escarmiento. En su reverso está grabado el sello de los reyes de Mallorca... Jaime III fué su padre.

— Hermana mia!.. exclamó el infante y sin poderse contener se echó en los brazos abiertos de Constanza, quien como si saliera de un sueño repetía embelesada: Hermano! hermano!...

La llegada del almogavar interrumpió esta escena, los rayos del sol naciente doraban la cima de la colina mas elevada, y el infante recelando la extrema agitacion de su pecho, abandonó á su hermana, entónces cual si temiera que el aliento de fuego de su primer afecto empañase la ternura del fraternal cariño exclamó: Fortun á Italia.

## IV.

## CONCLUSION.

Una hora despues en lo alto de la torre de la quinta tres personas clavaban su vista en una vereda que atravesaron rápidamente dos ginetes que montados en briosos corceles disimulaban su bien templada armadura con vulgar sobrevesta. Umberto! profirió una de ellas con tímido acento. Esposa mia, le contestó un jóven imprimiendo un beso de fuego en sus pálidas mejillas. Hijos, prorumpió el tercero, rogüemos al Eterno que bendiga los esfuerzos de nuestro escelente rey para que le veamos sentado en el trono de sus padres. Pero sus votos no fueron oídos. (\*)

T. AGUILÓ.

(\*) La huida del infante de Mallorca de su prision en el castillo nuevo de Barcelona aconteció en 1 de mayo de 1362; por equivocacion hemos colocado estos sucesos en el año siguiente. Esperamos que el lector disimulará esta inadvertencia á causa de la precipitacion con que se escribe en un periódico.



# Armadors y Españols.

PARTE PRIMERA.

2 de febrero de 1489.

## I.

„No me abrases cual de usanza,  
No empuñes la noble espada,  
Mientras quede yo manchada,  
Y ella limpia y sin venganza.

Y no esperes hoy, si me amas,  
Que en el templo me presente,  
Pues del banco dó me sienta  
Levantáranse las damas;

Ni que brille en oro y plata  
En los torneos del Borne,  
Ni que mi balcon adorne  
Al pasar la cavalgata.

Violento, terciado el manto,  
A mi estancia vino un hombre,  
Cubierto, sin dar el nombre;  
Su mirada daba espanto.

Mojado como venia  
Salpicó mi vestidura;  
Su mano de hierro dura  
Ha magullado la mia.

Y por nada á Inesilla  
La donceilla que mas quiero  
Entre mis brazos grosero  
Azotó por dó es mancilla.

Con el pié ha herido el jarro  
Con que mojado le habia;  
Tu blason que en él se via  
Ha rodado por el barro.

Se burló de mis querellas,  
Mis lágrimas vió sereno....  
Oh! con sangre de su seno  
Que las pague todas ellas;

Y que tambien espirante  
Sus brazos en vano tienda;  
Ni su esposa le defienda  
Si el cuerpo pone delante.

Que ella me ofende entre muchas,  
Y mis colores mancilla,  
En mi afrenta solo brilla....  
Y tú callas! ni me escuchas!

Sé que nunca te fui cara,  
Que mi amor se cansa en vano,  
Y que era fria la mano  
Que me diste junto al ara;

Que en mis brazos, Pedro Odon,  
De otro antiguo amor gemiste....

Cuida que el nombre me diste  
Ya que no tu corazón.

O di al vulgo que atrevido  
Suba y me insulte brutal,  
Ya que esclava en carnaval  
Tal injuria no ha sufrido.

¿Qué buscas en la guerra  
Si en tu casa ni aun dominas?  
Con tus timbres dó caminas  
Mientras aquí yacen por tierra?

¿Qué será, si ahora es tal,  
Cuando sola y tú en Granada,  
El nuevos males me añada,  
Y ella ria de mi mal?—

Oh! quién es, Unisa, di  
El mal caballero, quién?—  
Jacobo Armadans—Muy bien:  
Y ella?—Arnalda...—Arnalda!—Si:

¿La oiste nombrar acaso?  
Es oscuro su apellido...—  
Paseábase el marido  
Por la sala á largo paso.

Y nunca para Español  
Un dia corrió mas lento;  
Roja su cara, y sangriento  
En su ocaso estaba el sol.

## II.

Y la noche fué sombría,  
Y eran ya las once dadas:  
Por un cielo proceloso  
Surca luna solitaria;

Rozábanse con los techos  
Gigantescas nubes blancas,  
Dibujándose de negro  
Sobre calles y fachadas.

Cortezas, harapos, teas,  
El camino embarazaban,  
Trofeos del carnaval,  
De comilonas y danzas.

Sumo dó quier el silencio  
Cual fué suma la algazara;  
Que el sordo crimen empieza  
Donde la locura acaba.

De alguno que sobrevive  
Solo oyéranse risadas,  
O el paso precipitado  
Del que á sí mismo se espanta.

Mas no se espanta aquel grupo  
Que ácia el Borne en fila baja:  
No se sabe si maquina  
O músicas ó venganza,

Si bajo el embozo lleva  
Espadines ó guitarras:

Ellos eran bien cincuenta,  
Y todos con negras capas;  
Todos bajo igual vestido  
Mostraban igual el alma;  
Y su marcha silenciosa  
Veloz era y compasada,

Cual depuesto el ataud  
Una lúgubre comparsa  
Del éntierro vuelve, llena  
De una idea funeraria.

El que pasar los oía  
En su lecho se azoraba;  
Mas Jacobo de Armadans  
No lo oía por desgracia.

Duermes Jacobo? decía  
A su lado una voz blanda,  
Mientras sus nervudos brazos  
Suave mano agitaba.

Medrosa es la noche... atiende:  
No oiste? no oiste?—Nada,  
Mas que el latir de tu pecho  
Que mi latido acompaña.—

Pendiente á la cabecera  
Tienta Jacobo su daga;  
Seguro otra vez se tiende,  
Y entrambos un rato callan.

—Otra vez!... ó Dios! despierta.  
—Porqué tiemblas, muger cara?  
Es viento que afuera muge  
Y por las rendijas brama.

Duerme, duerme entre mis brazos.  
—Cuando veremos el alba?—  
Y otra vez callaron ambos...  
De pronto un crujido estalla;

Y por entre las columnas  
De la gótica ventana  
Penetra un rayo de luna,  
Y al par una sombra opaca.

Resuena en la estancia un grito:  
Armadans del lecho salta;  
Dos brazos de hierro siente  
Que entorno al cuerpo le enlazan.

Su desnudo fuerte pecho  
Apretado á una coraza,  
Sus brazos tambien desnudos  
Sobre un cuello se crispaban.

Entrambos daga tenían,  
Y eran en vano las dagas,  
Encadenadas las manos,  
Pié con pié, cara con cara.

Y sin voz, sin movimiento  
Parecieran dos estatuas,  
Si los huesos no crujieran,  
Ni los dientes rechinaran.

Aquel grupo de figuras  
Una negra, y otra blanca,  
Era la lucha invisible  
De géneos de adversa raza.

Y otra figura hay mas dulce,  
Y unas manos muy mas blandas,  
Que no saben si al esposo  
O á su matador abrazan.

Por aquel grupo de bronce  
Penetra, y los golpes para  
Que libre el brazo, fulminan  
En la oscuridad las armas.

Ya mojado el cuerpo sienten,  
Y entre el choque de las dagas  
Suena á ratos un gemido  
De muger, que parte el alma.

Quien no hiere por no herirse  
En su mitad mas amada,  
Quien sobre dos enemigos  
Seguros golpes descarga.

Desplomado un cuerpo cae,  
Una voz de trueno clama:  
"Consuélate de tu muerte,  
Español es quien te mata."

Pedro Odon!... la dama grita:  
"Justo cielo ¿quién me llama?"  
Y el caballero en sus brazos  
La conduce á la ventana.

Mira, tiembla, y es ya mármol  
El que ántes ardia en ascuas:  
"Eres tú? tú aquí!" y doliente  
A los pies de ella se arrastra.

Una negra cabellera  
Hiere lumbre mortuaria,  
Y una túnica, una frente  
Las dos igualmente blancas.

Y él respira en el Eden  
Y no ya en sangrienta estancia,  
Y el amor de bellos días  
Bate entorno de él sus alas.

"Bien sabia que tu sola  
Mi nombre así pronunciabas.  
¿Ese tálamo, Dios mio!  
Debió ser el tuyo, Arnalda?"

Te busqué dó quier en vano,  
En las lides te invocaba:  
Cruel nos separó el destino,  
Y mas cruel aquí nos llama.

Soy tu Pedro Odon; mas ay!  
No ya aquel que amaste...=Calla,  
Que aquí cerca hay un cadáver,  
Y en tus manos otro abrazas."=

Ancha herida le descubre;  
Pedro Odon un grito lanza....

Eran trémulos los lábios  
Turbios los ojos de Arnalda.

La apoyaba en sus rodillas,  
Su fria mano apretaba,  
Y ella sobre él cual un día  
Reposaba sus miradas.

Mas de pronto se estremece,  
Vuelve la cabeza lánguida;  
Sobre el pecho ensangrentado  
De Jacobo la descansa;

Cõn mano desfallecida  
A su matador rechaza,  
Y en el seno de su esposo  
Con un beso exhala el alma.

Y él fijo allí de rodillas,  
"Le ama... le ama..." murmuraba,  
Entre aquellos dos difuntos  
Cual efigie funeraria.

El rumor en tanto crece,  
Crece la luz de las hachas;  
Cuales adentro despiertan,  
Cuales desde afuera saltan.

De Español cincuenta deudos  
Prontos acuden con armas;  
De Armadans no tantos eran,  
Hartos para la venganza.

En torno al difunto empiezan  
Sus exequias sanguinarias:  
Bajo el clamor y los golpes  
Los salones retemblaban.

Entre las teas ardientes  
Y el brillo de las espadas  
Pedro Odon bajo mil formas  
Vió la muerte que buscaba.

Y lucha cual insensato,  
Abre su pecho á las dagas,  
Hasta que un velo de sangre  
Sus ojos cubre, y desmaya.

Al despertar, á su esposa  
Halla al lado de su cama:  
"Oh! maldita Unisa seas,"  
Y hunde en el lecho la cara.

Sobre heridas entreabiertas  
Revistió las nobles armas,  
Menos el sangriento acero  
Que á las ondas arrojaba.

Y otra vez cual leon fué visto  
Desde el muro de Granada:  
Y la muerte de él huía,  
Y la vida le acosaba.

(Se concluirá.)

PALMA DE MALLORCA.

Imprenta nacional á cargo de D. Juan Guasp.